

Resurrección

Lourdes Ortiz

Escritora

MORIR EN VIDA PARA VOLVER a nacer y prácticamente ascender a los cielos. Ese es el legado que nos han dejado estos días de luto y largas y sesudas reflexiones. Hace sólo unos años, los años de silencio, nadie podía esperar ese retorno glorioso del que ahora es considerado por todos el salvador de la democracia. Y no sólo por los comentaristas y los políticos, sino por grandes masas de ciudadanos, que sumergidas en la crisis y en el desespero, hastiadas de los muchos políticos corruptos o inoperantes que nos gobiernan y, sobre todo, de los que intentan borrar los logros conseguidos durante tantos años y retornarnos al pasado más triste, han hecho largas, impresionantes colas para despedirse de él con los ojos en lágrimas, soportando la lluvia y el frío de las engañosas noches madrileñas. Ha sido una resurrección emocionante y emotiva y que nos hace pensar: ¿por qué ahora? Nada sale de la nada. Ha sido en el momento preciso, cuando ya no se podía soportar más, coincidiendo con esa otra marea, esa inmensa muchedumbre, que recorrió las calles Madrid, el día 22 de marzo, para pedir justicia de nuevo y libertad, trabajo, techo y pan, como decía su eslogan.

Ahora la imagen de un político eficiente, solitario, que prometió y cumplió, convertida ya en mito, es un revulsivo, una promesa y un ejemplo

Los mismos que le ningunearon, despreciaron y desterraron, los suyos, los más próximos, no pudieron entonces tolerar ese “centro democrático”, que les apartaba de sus verdaderos propósitos, de sus orígenes, de su resentimiento; esos mismos que ahora vuelven a imperar tomándose la revancha: una iglesia cerril, las grandes fortunas y viejas familias del franquismo, los que crearon un partido para acabar con él y hasta los “barones” de sus propias filas, que no entendían la valentía y prudencia de muchas de sus medidas, todas ellas encaminadas a lograr ese gran cambio que él, junto al rey, propició desde el primer momento. Ahora, sólo ahora, se reconocen públicamente sus méritos. Pero por eso precisamente, en estos tiempos oscuros, se ha convertido en un “símbolo”, sin que él lo buscara. Su retiro primero y su enfermedad después, su silencio recuerda ese otro retiro voluntario de un Papa impotente para atajar los males de la Iglesia, que propició la llegada, casi milagrosa también, del Papa Francisco.

La imagen del nuevo “salvador” lanzada como guante a la frente de los políticos. Un salvador laico y entronizado ya. En tiempos de crisis y paro crecieron las colas ante el Cristo de Medinaceli, pidiendo el milagro. Y ahora la imagen de un político eficiente, solitario, que prometió y cumplió, convertida ya en mito, es un revulsivo, una promesa y un ejemplo.